



Pasar por joven (con notas al pie)*

Arturo Arango

Los organizadores de este encuentro me han asignado la encomienda, ya difícil para mí, de hacer en esta mesa el papel de joven.¹ En años en que palabras como *generación* o *generacional* salían con demasiada frecuencia de mi boca, Roberto Fernández Retamar, siempre lúcido y pedagógico a un tiempo, me decía que cuando se es joven sólo existen dos generaciones: la propia y la de los demás, y a esa otra pertenecen Homero, Sófocles, Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Borges... Para cumplir el papel que hoy me corresponde, no me queda más remedio que dar varios pasos atrás y ubicarme, por unos minutos, en aquel que fui a inicios de los años 70, con lo que, también, recuperaré circunstancialmente el pensamiento grupal que me, nos caracterizaba entonces. La pregunta que quiero compartir con ustedes es: ¿Cómo vivimos los jóvenes aquella etapa de profunda dogmatización ideológica?

* Palabras leídas en el Taller «La política cultural de la Revolución», organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios y la Asociación Hermanos Saíz y efectuado el 23 de febrero del 2007 en el Instituto Superior de Arte,, La Habana.

¹ El martes 30 de enero de 2007, alrededor de quinientos escritores y artistas cubanos nos reunimos en la sala «Che Guevara», de la Casa de las Américas, convocados por el Centro Cultural Criterios y su director, Desiderio Navarro. Íbamos, en lo fundamental, a escuchar la conferencia de Ambrosio Fornet «El Quinquenio Gris: revisitando el término». Pero también a debatir algo de límites tan imprecisos como la cultura cubana. La

2 Arturo Arango

Alguna vez escribí que la nuestra podía ser llamada Generación Tardía, porque recibimos, como parte de nuestra formación, las ideas que marcaron aquellos años oscuros.² Los dogmas nos fueron inoculados, los

convocatoria de Criterios fue una de las respuestas más inmediatas y efectivas a los debates suscitados por la aparición, en cuatro programas de la televisión nacional, de tres personas que ejercieron represión contra la intelectualidad cubana durante al menos un lustro de los años 70: Jorge Serguera, en la dirección del Instituto Cubano de Radiodifusión; Luis Pavón Tamayo, como presidente del Consejo Nacional de Cultura, y Armando Quesada, al frente de la dirección de teatro de aquel Consejo. La entrada a la Casa de las Américas, el 30 enero, fue por estricta invitación. Las enormes expectativas creadas y la capacidad y el estado constructivo del salón así lo impusieron.

Entré a la Casa atravesando una complicada madeja de periodistas, personas que carecían de invitación, policías, funcionarios que miraron al menos dos veces la tarjeta que yo llevaba en mis manos. Horas más tarde, ya en medio del debate, una amiga me preguntó si nadie iba a hablar de los jóvenes que no habían podido entrar. Yo había escrito algunos epígrafes que pretendía leer y que, mientras oía las palabras de otros, fui tachando, reduciendo. En algún momento pensé en mí mismo veinte, veinticinco años atrás. Traté de descubrir en la sala los rostros de los que serían los jóvenes escritores de hoy. Sólo reconocí a dos. Cuando hablé, las dos cuartillas previamente escritas quedaron sólo en un punto, al que añadí mi convicción de que la ausencia de jóvenes, de la que yo mismo me sentía responsable, pues había participado en algunas conversaciones para pensar el diseño de aquel encuentro, era un error estratégico.

Al llegar a casa recibí una llamada de Desiderio: en su computadora ya tenía un despacho de la agencia Reuters en el que el punto central no era la reunión misma sino los jóvenes que quedaron fuera y permanecieron esperando, en la acera de la Casa de las Américas, durante las ocho horas que duró la reunión. Algunos de esos jóvenes escribieron nuevos mensajes explicando su decepción. De distintas maneras, varias personas comenzamos de inmediato a pensar el modo de enmendar el error. La idea de que era necesario repetir una, varias veces la misma asamblea en espacios como el Instituto Superior de Arte, la Asociación «Hermanos Saíz», algunas facultades de la Universidad de la Habana (Artes y Letras, Comunicación Social), nos parecía impostergable. Finalmente se decidió hacer una sola asamblea, en el Instituto Superior de Arte, a la que debían asistir unos cuatrocientos jóvenes: escritores, artistas, profesores, editores... En la mesa, junto a Ambrosio Fornet, Abel Prieto y Desiderio (quienes cumplieron esas mismas funciones en la Casa) estaríamos Graziella Pogolotti, Roberto Fernández Retamar y yo. Este texto que voy anotando es una versión revisada de las palabras que leí el viernes 23 de febrero, en el salón de actos del Instituto Superior de Arte.

² Cuando escribí lo de Generación Tardía me atuve, además, a un dato: la mayoría de los narradores que pertenecen a ella publicó sus primeros libros después de haber cumplido los treinta años, lo que contradecía la norma de la promoción que nos antecedió.

tuvimos, como bacterias, en nuestra sangre, y fue principalmente nuestra práctica artística, las contradicciones que ella desencadenó, lo que, como anticuerpo generado por el mismo organismo, comenzó a provocar que estableciéramos una relación conflictiva con el ambiente en que nacíamos al arte y la literatura. Las fechas, sin embargo, imponen su dictadura: la comprensión de estos procesos no fue la misma para quienes ingresaron en la vida cultural cubana antes de 1971 que para quienes llegamos justamente después de aquel año.³

Mi entrada digamos que oficial al universo de la literatura ocurrió a través de lo que entonces se llamaba la Brigada «Hermanos Saíz» de la UNEAC, en la que fui admitido en 1972. La Brigada consistía en poco más de una veintena de muchachos que solían reunirse en uno de los salones que sirven de comedor para los trabajadores de la Unión de Escritores. Lo significativo era que esa Brigada, existente desde los años 60, en el mismo año 71 había sido revitalizada, renovada. Es verdad que cuando algunos de nosotros, por sentirnos un poco malditos, traviesos, preguntábamos, en aquel recinto de 17 y H, por Heberto Padilla, se imponían el silencio, la palidez, los temblores de manos. Sabíamos de la confesión de Padilla, cuya versión publicada algunos ya habían leído, pero veíamos el episodio como perteneciente al pasado más remoto. Siempre aquellos sucesos que han acontecido antes de nuestro nacimiento nos parecen tan distantes, tan ajenos... Sin embargo, al mismo tiempo, aun entre sombras fantasmales y temores justificadísimos, tuvimos el privilegio de conocer, de conversar, de recibir allí el magisterio de Eliseo Diego, Nicolás Guillén, Fayad Jamís, Retamar, Onelio Jorge Cardoso, entre muchos otros. Lo que, sin embargo, tardamos en comprender fue que nosotros mismos estábamos siendo utilizados, que éramos parte de una operación que ahora se llamaría de «formación de escritores emergentes». Era preciso, con la mayor urgencia, llenar el vacío abierto en la literatura cubana luego de la confesión de Padilla y del I Congreso de Educación y Cultura.

Tales circunstancias establecieron singularidades en nuestro proceso formativo. Una de ellas fue que nunca pudimos cometer parricidio, ese acto que toda generación necesita para afirmarse en sí misma, para encon-

³ Pienso, por ejemplo, en narradores como Senel Paz y Abel Prieto, que ya habían publicado algunos cuentos antes de 1971. También en poetas de expresión un tanto alejada del coloquialismo y de asuntos explícitamente políticos, como Raúl Hernández Novás y Aramís Quintero, quienes publicaron, a inicios de los 80, libros cuyos textos están fechados una década atrás.

4 Arturo Arango

trar sus propios caminos. Cuando, por razones estéticas, atacábamos a alguno de nuestros mayores (sobre todo de los que nos eran más cercanos en edad), reaccionaban con la susceptibilidad de quien aún tiene abiertas las laceraciones de la tortura, y confundían las diferencias artísticas con nuevas impugnaciones ideológicas. La otra cara de esa moneda es que ellos también se sintieron desplazados por nosotros, nos consideraban a todos como parte de la misma operación para sustituirlos, para borrarlos de la literatura cubana. La susceptibilidad de ellos no carecía de razones. Doy una evidencia: ya entrados los 80, la Brigada «Hermanos Saíz», a través de *El Caimán Barbudo*, organizó una muestra de jóvenes pintores que fue llevada a varias ciudades mexicanas. Su título era *La generación de la esperanza cierta*. Si bien entonces era difícil que cualquiera de nosotros pudiera distanciarse de ese bautizo que nos colocaba en situación de elegidos, la intención en el uso de la frase⁴ es obvia: éramos los descontaminados, los intelectuales que podían ser salvados de lo que el Che, en *El socialismo y el hombre en Cuba*, llamó «el pecado original». Formados en la Revolución, estábamos en condiciones de ser auténticamente revolucionarios.

Como era de suponer, muy pronto en el seno de esa pequeña Brigada «Hermanos Saíz» comenzaron a manifestarse intensas contradicciones entre aquellos escritores inventados, impuestos, y quienes encontramos allí un modo natural de realización para nuestras necesidades expresivas.⁵ Esos conflictos se hicieron más intensos a partir de 1977. Volvamos a leer con cuidado las fechas: un año antes se había creado el Ministerio de Cultura.⁶ Después de mucho tiempo, era convocado un Congreso, el II, de la UNEAC, cuyas palabras de clausura, dichas por Armando Hart, fueron una señal inequívoca de los nuevos tiempos que comenzaban a abrirse.⁷ Lo curioso

⁴ La frase, seguramente sacada de contexto, se debe a Juan Marinello.

⁵ Muchas veces lo que más nos irritaba era la ignorancia de aquellos advenedizos. En cierta ocasión, que he contado en otra parte, Osvaldo Navarro, impuesto como presidente de la Brigada «Hermanos Saíz», trató de demostrar que Fidel era partidario del realismo... citando un discurso ante la asociación de campesinos: los agricultores, decía Fidel, debían ser realistas y sembrar cuando el clima les fuera propicio.

⁶ Con lo cual desapareció, *de facto*, el Consejo Nacional de Cultura. Es la fecha que Ambrosio Fornet ubica como final del Quinquenio Gris.

⁷ A pesar de que la UNEAC se convirtió en uno de los últimos reductos de ese pensamiento. Hasta 1988, estuvo también bajo la estricta orientación del aparato ideológico del Partido, y ya en años en que la salud de Nicolás Guillén lo había convertido en una

fue que, justamente en esas circunstancias, se decidió, durante las labores de preparación del Congreso, que la Brigada «Hermanos Saíz» dejara de pertenecer a la UNEAC. Ignoro las negociaciones que acompañaron ese tránsito, pero, a partir de entonces, y hasta hoy, la Brigada pasó a ser «atendida» por el aparato ideológico de la Unión de Jóvenes Comunistas. Y el aparato ideológico de la Unión de Jóvenes Comunistas estaba (está) orientado por la secretaría ideológica del Partido. Y la secretaría ideológica del Partido estaba dirigida por Antonio Pérez Herrero, a quien años después sucedió Carlos Aldana.⁸ Según se leía en alguna lección de uno de los manuales usados en aquella década para los círculos de estudios políticos de la UJC, los dos sectores más proclives para caer en las garras de la propaganda enemiga y cometer actos de diversionismo ideológico eran los intelectuales y los jóvenes. Los dogmáticos, los represores que dominaron las instituciones de la cultura artística cubana durante el primer lustro de los 70, habían perdido, con la creación del Ministerio de Cultura, parte de su poder, pero aún conservaban el suficiente como para poner a buen resguardo a aquellos que debían conservar su pureza ideológica.⁹

No puedo, por razones de tiempo, perderme en más recuerdos, pero siempre me gusta revelar esas contradicciones, esos desacuerdos mediante los cuales la realidad suele imponer su rostro abigarrado y confuso. Mien-

figura incapacitada para tomar decisiones o discernir lo que ocurría a su alrededor, funcionarios designados por el Partido, como Armando Cristóbal o el poeta Luis Suardiáez, actuaron como secretarios ejecutivos de la institución. También Luis Pavón fue, durante parte de los 80, secretario de relaciones internacionales.

⁸ Pérez Herrero y Aldana fueron dos representantes conspicuos de lo que llamamos la línea prosoviética o proestalinista dentro de la ideología de la Revolución Cubana. A Pérez Herrero se debió el nombramiento de Pavón en la presidencia del Consejo Nacional de Cultura, y ambos se enfrentaron abierta y sistemáticamente a la política que instauraba Armando Hart desde su ministerio.

⁹ En la revista cultural *El Caimán Barbudo* pueden leerse las huellas de aquellas contradicciones. Por ejemplo, mientras importantes escritores (que, incluso, militaban en el Partido Comunista de Cuba), podían ser jefes de redacción (Eliseo Alberto, Alex Fleites, Víctor Rodríguez Núñez), como director solía ser nombrado un «cuadro» de la UJC. El caso más escandaloso fue el de Roberto Romay, persona que provenía del mismo aparato ideológico de la Juventud y que carecía por completo de los conocimientos y la sensibilidad necesarios para dirigir una publicación periódica. Otros directores impuestos, como Jorge Oliver y Paquita de Armas, sí tenían vínculos con la cultura o el periodismo y actuaron con honestidad y sentido común. En los 80, el primer escritor a quien se le encargó la dirección de *El Caimán...* fue el poeta Alex Pausides.

tras la Unión de Jóvenes Comunistas se apropiaba de la Brigada «Hermanos Saíz», el Instituto Superior de Arte pasaba a manos del Ministerio de Cultura.¹⁰ Muy pronto, quienes ingresarían en la Brigada, luego Asociación, eran artistas formados en un ambiente donde la creación era estudiada, reconocida, respetada, justamente en sus complejidades, en su diversidad, en la heterogeneidad de sus discursos.

Durante todos esos años que he rememorado de manera sumaria, acaso esquemática, nos fue necesario comprender qué había ocurrido durante el lustro en el que habíamos nacido a la vida cultural. Sólo comprendiéndolo podíamos reconocer a los demonios que aún nos acosaban, y actuar contra ellos. Antes enumeré algunos de los autores que pudimos conocer en nuestras reuniones en la sede de la UNEAC. Pero para nosotros, durante algún tiempo, la gran mayoría de los escritores cubanos eran nombres a citar, no personas con rostros reales. No sólo eran las criaturas las que habían sido laceradas: las consecuencias de la política implementada desde el Consejo Nacional de Cultura a partir de 1971 causó heridas también en el cuerpo mayor de lo que me gusta llamar como la República de las Letras.

En el primero de sus mensajes en esto que él mismo ha bautizado como «ciber-esquina caliente»,¹¹ Desiderio Navarro se refirió a «la segunda mitad del problema»: la responsabilidad de los intelectuales. Decía allí Desiderio: «Sin el silencio y la pasividad de la casi totalidad de ellos (por no mencionar la complicidad y el oportunismo de no pocos) el ‘quinquenio gris’ o el ‘pavonato’, como ya entonces lo llamaron muchos, no hubiera sido posible, o, en todo caso, no hubiera sido posible con toda la destructividad que tuvo.» Durante años, una de mis obsesiones fue la de comprender esas actitudes de silencio y pasividad. Recuerdo numerosas conversaciones con Ambrosio, con Pablo Armando Fernández, con Antón Arrufat, con Jesús Díaz, con Raúl Rivero, con Miguel Barnet, con Eduardo Heras León, con Retamar, en las que me esforzaba por encontrar las

¹⁰ Es curioso también que el primer rector del Instituto Superior de Arte fuera Mario Rodríguez Alemán, uno de los ideólogos de esa línea proestalinista, abierto defensor de la necesidad de imponer como tendencia estética el realismo socialista.

¹¹ Se refiere a la primera forma de protesta que recibieron los programas de televisión antes citados (en particular, el espacio *Impronta* dedicado a Luis Pavón). En pocos días se intercambiaron decenas de mensajes electrónicos que fueron constituyendo esa especie de «ciber-asamblea», y que legitimó un recurso nunca antes empleado en Cuba con esos fines.

razones que hicieron posible algo que, en una primera mirada, me parecía una actitud de complicidad involuntaria con los represores. Al conocer a las personas, al establecer los vínculos que, en la mayoría de los casos, me fueron negados hasta fines de los 70, fui comprendiendo que algunos de mis criterios iniciales, basados en la misma idea del «pecado original», eran parcialmente injustos.

Es cierto que se cometieron no pocas concesiones, que los oportunistas hicieron que sus voces, sus obras, giraran según el sentido de los vientos que corrían. Pero también fui conociendo de numerosos actos de resistencia que demostraban la dignidad y el valor de muchos de nuestros escritores y artistas.¹²

Sin embargo, esos actos distan considerablemente no ya de las reacciones de hoy, sino, incluso, de las posiciones asumidas por la intelectualidad cubana ante los más graves intentos por volver a implantar los modos que imperaron, sobre todo, durante el período que hemos llamado «el pavonato». Hace exactamente diez años, al recordar uno de las escaramuzas en que los entonces jóvenes escritores rechazamos la imposición del realismo socialista, escribí lo siguiente:

Si en 1971, como resultado de las sesiones del nefando I Congreso de Educación y Cultura, quienes defendían las posiciones más

¹² No intento contradecir aquí el espíritu de lo advertido por Desiderio en su crucial mensaje, entre otras razones porque coincido plenamente con su sentido principal y, aún más, con la necesidad de enfatizar lo nocivo de esas actitudes de complicidad pasiva en el instante en que era necesario dar una respuesta enérgica a lo que parecía ser un intento enloquecido, por descontextualizado e inoportuno, de revivir aquellos cadáveres políticos o de ofrecerlos como señales para el futuro. Sin embargo, pienso que aún está por hacerse el estudio de las actitudes asumidas por la intelectualidad cubana y sus instituciones durante los años de represión ideológica. A la luz de estos debates, se ha recordado que algunos teatrístas impugnaron por vías legales los despidos de que fueron objeto y, en 1973, el Tribunal Supremo de la República de Cuba decretó que tenían razón y que Luis Pavón había actuado inconstitucionalmente. Esa sentencia no movió a Pavón de su silla presidencial en el CNC, pero demuestra que sí hubo posiciones de enfrentamiento a su política. De igual manera, instituciones que, con razón, se consideran como los principales sitios de resistencia contra el pavonato, la Casa de las Américas y el ICAIC, trazaron una estrategia de repliegue en espera de que las condiciones se modificaran. Obsérvese la desconexión entre la realidad cubana y lo publicado por la Casa en esos años, o el alejamiento de la mayoría de las películas cubanas de asuntos relacionados con las contradicciones del presente, durante el mismo período.

8 Arturo Arango

revolucionarias se vieron obligados a replegarse, puestos en la disyuntiva de ahondar el trauma que aquellos sucesos iban a provocar en nuestro país, o esperar a que la historia siguiera su curso y se reencontrara con ellos (y con la noción de la cultura que ellos sustentaban) en algún punto situado en el futuro, la propia experiencia de esos años de regresión nos había enseñado un sentido diferente de aquella lección: la cultura es decisiva para el rumbo que siguen los procesos históricos, y no hay lesión mayor para el país en su conjunto que permitir en su seno aquella ideología excluyente y dogmática que marcó lo que con bondad hemos llamado Quinquenio Gris. Quiero pensar también que esa lección fue aprendida para siempre: para el siempre de unas tensiones que cíclicamente reaparecen entre nosotros. Desde ese aprendizaje se han librado todas las peleas posteriores que han puesto en peligro a la cultura cubana, y gracias a él, una y otra vez, demonios como estos han sido exorcizados.¹³

Si damos por buena esa comprensión, entonces el aprendizaje principal obtenido de aquellos años sería el de que un proceso que no sea capaz de enriquecerse con las complejidades que revelan las obras de arte y, sobre todo, que desdeñe el aporte reflexivo de sus principales intelectuales, es un proceso que se destruye a sí mismo, que se pone en peligro o que, en el mejor de los casos, avanza sólo a medias, incompleto. La revolución no puede salvarse, y avanzar, desde el dogmatismo y las exclusiones. Según mi percepción, ese argumento es el que ha animado la mayoría de los mensajes que intercambiamos de manera febril, casi enloquecida, durante todo el pasado mes de enero. Lo que tratábamos de proteger no era nuestra obra, menos aún nuestras personas. Actuábamos, muchos de nosotros, desde la certeza de que la Revolución Cubana perecería si se expande la dogmatización, si se sofocan o clausuran los espacios de debate, si se desoye la voz de sus pensadores, de sus artistas.¹⁴

¹³ Leí ese texto en un encuentro organizado por la Casa de las Américas sobre «Las polémicas culturales en la América Latina», y luego, bajo el título «Historia de otra pelea cubana contra los demonios», lo incluí en mi libro *Segundas reincidencias. Escribir en Cuba ayer*, Ed. Capiro, Santa Clara, 2003.

¹⁴ En uno de los epígrafes que no leí el día 30 en la Casa de las Américas escribí: «Estos debates que iniciamos hoy son imprescindibles pero también insuficientes. La cultura no es un compartimiento estanco. Si quedamos, por demasiado tiempo, encerrados

También es inútil pretender cuidar la obra propia de esa manera porque, en última instancia, ello sólo es responsabilidad de cada uno de nosotros. Me gusta pensar en creadores tan disímiles en obra y circunstancias como Andrei Tarkovski y Virgilio Piñera. El primero, acosado, hostigado por la censura posestalinista, realizó un cine sin concesiones, no importa que sus películas se estrenaran sólo en alguna sala perdida de la Siberia. Y cuando trató con los mecanismos de producción cultural capitalista, se dio cuenta de que su obra tampoco podría haberse realizado en aquellas otras circunstancias. Y Piñera, uno de los más maltratados e incómodos de los escritores cubanos, cuya amistad podía, en el mismo 1977, resultar contaminante para los jóvenes que se acercaban a él, escribió sin descanso y nos legó libros extraordinarios, angustiados, sombríos, iluminadores: exactamente los mismos que sus censores no le hubieran publicado jamás y que hoy leemos en su condición de clásicos.¹⁵

Y acaso la lección que ofrecen esos ejemplos, entre tantos otros, sea uno de los principales puntos de contacto entre los que fuimos jóvenes hace ya dos o tres décadas, y ustedes, los de hoy. Cada época no sólo genera cosmovisiones distintas sino también nuevas formas de incompreensión, de rechazo a lo nuevo, de censura, y si algo se descubre cuando el paso del tiempo nos obliga a transitar, de acuerdo con aquel consejo que

entre nosotros mismos, lo que debe ser participación quedará en catarsis, y la insatisfacción se convertirá, de nuevo, en escepticismo.» Dije allí, además, que el debate, la participación de todos, era necesaria, en igual medida, para las personas, para las instituciones y para la propia Revolución.

¹⁵ En 1987, once años después de la creación del Ministerio de Cultura y ocho de la muerte de Virgilio Piñera, Eliades Acosta Matos publicó un texto sobre *Un fognazo*, libro de cuentos póstumo del autor de *Aire frío*, en el que se lee: «¿Por qué tenemos que aceptar tácitamente, como algo normal y lógico, que un escritor cubano, genial y bien preparado como lo fue indudablemente Piñera, viviendo hasta su muerte inmerso en la inmensa marea de un hecho histórico y cultural sin precedentes en la historia de su país, como lo es la Revolución Cubana, haya hecho cuentos tan asépticos y descontextualizados como los de *Un fognazo*? ¿En nombre de qué supuesta libertad de expresión o de creación puede un intelectual aislarse de un mundo en ebullición que diariamente golpea a su punta [sic] clamando también por su aporte en su eterna lucha por la perfección? ¿Puede aceptarse como lógica la autocondena de Piñera al ostracismo, el autoexilio al mundo de la fabulación, suponiendo incluso que no hayan podido ser aceptadas sus propuestas estéticas, en una coyuntura política muy concreta y por todos conocida?» (*Perfil de Santiago*, tabloide cultural del periódico *Sierra Maestra*, Santiago de Cuba, año 2, n. 31, 16 de abril de 1988, p. 8.)

10 *Arturo Arango*

me daba Retamar, de la generación de uno a la de los demás, es que los aprendizajes ocurren de forma incesante y en todas direcciones. Cuando leo a mis contemporáneos, cuando los escucho, cuando miro sus obras, comprendo mejor este presente turbulento y confuso en que vivimos, y tengo la certeza de que el futuro, el país que queremos tiene que ser pensado, diseñado, realizado entre todos.